

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

La marca de Mauvignier

POR JUAN CARLOS GALINDO

Guillermo abandona todo para irse a Japón a probar sus límites en una sucesión de noches de alcohol y sexo. Gracias a un hábil uso del futuro narrativo sabemos que va a morir en breve, pero eso no resta nada de interés. La fuerza destructiva del primer personaje de *Alrededor del mundo* (Nocturna) contrasta con la apatía del segundo, Frantz, un suizo lleno de rencor hacia la vida que se muere de aburrimiento y autocompasión en un crucero por el mar del Norte. Los dos, junto con el resto de personajes de la décima novela de Laurent Mauvignier (Tours, 57 años), están unidos por un hecho, tangencial para algunos, central para otros: el tsunami de 2011 en Japón.

Si en *Hombres* (Anagrama, 2010) o *En la turba* (Nocturna, 2017) Mauvignier usaba monólogos y un punto de vista más claustrofóbico, en este caso es un narrador onisciente el que lleva de la mano al lector por Tanzania, Moscú, Bahamas o Dubái, a través de estampas habitadas por viajeros y también por ejemplos del turismo globalizado anterior a la pandemia: todos son distintos, pero a todos llegamos a conocerlos bien gracias a esa capacidad del autor para definirlos en dos frases, un gesto. La sucesión de personajes, tan característica de su narrativa, vuelve a funcionar con precisión.

A veces ocurre que, cuando uno se marcha tan lejos de casa, encuentra en ocasiones, tras la máscara del extrañamiento, el país de sus terrores", asegura el narrador. El estilo que se ha labrado Mauvignier tiene en el trato de la violencia una de sus mejores características, como prueba

en su última novela, la reciente *Histoires de la nuit* (Editions de Minuit), un thriller nada convencional. En la obra que nos ocupa hay personajes a punto de estallar, pero prima la contención. El relato del joven que atraviesa EE UU en autopista para encontrar a su hermano es un buen ejemplo. En las andanzas del grupo de australianos que se divierten de safari, uno de los mejores momentos del libro, hay temores, mentiras y secretos, tres de sus grandes temas, todos explotados aquí de forma conveniente, al servicio de un conjunto identificable, de una marca inconfundible.

Alrededor del mundo

Laurent Mauvignier. Traducción de Juana Salabert. Nocturna, 2021. 368 páginas. 18 euros



La escritora Selva Almada. GRILLO VALDEZ (PENGUIN RANDOM HOUSE)

NARRATIVA

Costumbrismo telúrico

En el nuevo libro de Selva Almada resuenan voces de esa magnífica tradición literaria que funde el Romanticismo tardío con un realismo de hablas y costumbres

POR MARTA SANZ

No es un río, texto con el que Selva Almada completa su "trilogía de varones", es un cuento de espíritus protectores y mequindades. De dones inmerecidos, y de la crianza y educación de hijos e hijas en un mundo desigual: "¿Por qué se esconden todas esas muchachas en los asientos traseros de los autos?", pregunta Siomara, partidaria de incendios y hogueras. Todo el mundo puede morir antes de tiempo y convertirse en ícono pop o fantasma familiar, pero las amenazas que nos cercan y los miedos que suscitan son diferentes para mujeres y hombres. Lo más admirable de *No es un río* radica en cómo se construye una zona de significaciones movilizadas entre fantasía y realismo. Tras una perspectiva casi de ojo de cámara, el movimiento y la gestualidad, las pocas palabras, revelan el castigado vericuetos psicológico de individuos que no están en lo alto de la escala social: a veces, la complejidad opaca ("Esta gente es así, nunca sabes lo que les pasa por la mente") y notamos el escalofrío de intraducibilidad y tragedia; otras, la complejidad aparece en sueños como presagios o visiones en el marco de una naturaleza que protagoniza la narrativa centro y sudamericana desde la novela de la tierra. Aquí resuenan voces de esa magnífica tradición, que funde la impronta del Romanticismo tardío con un realismo de hablas y costumbres representadas desde su literalidad poética. La eufonía de lo rudo que no es sinónimo de la estilización de lo feo. El costumbrismo es telúrico, y la lengua no estándar remite a idiosincrasias locales que Almada eleva a su condición universal por su limpio manejo de la antítesis (agua / fuego; varón / hembra; rural / urbano) y de lo simbólico: la isla es metáfora y es isla sin más, accidente geográfico hiperrealista. Territorio que se posee. Mujer que, a menudo, no puede elegir ni su maternidad. Tampoco el río es un río, "es el río" y el

tránsito del artículo indeterminado al determinado encierra una visión del mundo que desencadena tragedias por el sentido de pertenencia y territorialidad.

Sentimos un desajuste, algo inverosímil, no solo en ese espacio / isla que es simultáneamente realidad e imagen metafórica, sino también en el tiempo. Sentimos algo inverosímil que es pertinente en el relato y funciona en su inverosimilitud porque se explica dentro de los códigos de la literatura fantástica como modalidad del realismo. Ausencia, deseo, el duelo de una madre, Siomara, que necesita hacer carne de lo perdido y volatilizar, convertir en ceniza todo lo odioso que existe. Lo que se narra en *No es un río* podría sonar arcaico o exótico en sus lejanías, y sin embargo el texto perfila el código genético cultural de mujeres y hombres actuales: en este libro sobre una amistad entre hombres que viene de lejos, las mujeres son "conchitas prietas", cuerpos en los que se goza o sobre los que se arman familias, posesiones para competir. Importa quién llega primero. La amistad masculina se teje con los mimbres de la competitividad, un extraño sentido de la lealtad y la preponderancia del macho dominante. Bajo la mitificación de los amigos laten celos y culpas. Almada sabe que esa violencia, económica y sentimental, ese pulso ganado por la brutalidad del más fuerte, nos daña, pero aún no podemos separarla del amor. Solo podría aliviarnos de la repetición de la catástrofe la nueva inocencia erótica, la desinteresada calidez, de esas muchachas que ya no quieren esconderse en la parte trasera del auto. Las muchachas están y no están. Porque todo en estas maravillosas páginas es y no es simultáneamente. Como quienes leemos el libro y no estamos, pero estamos en él.

No es un río

Selva Almada. Literatura Random House, 2021. 144 páginas. 15,90 euros

ENSAYO

En defensa de la palabra escrita

POR FRANCESC ARROYO

La primera Biblia en castellano se publicó en Ginebra en 1569. La había traducido Casiodoro de Reina (Montemolín, Badajoz, 1520-Fráncfort, 1594). Su labor como traductor y sus ideas protestantes le costaron el exilio y que una imagen suya fuera quemada en Sevilla en 1562, tras un auto de fe que supuso medio centenar de condenas por herejía. En Santiponce, cerca de donde ardió aquella figura, se le ha dedicado un monumento en cuya base puede leerse: "Por la tolerancia y la libertad". Esta historia de perseguidores y perseguidos es la que narra *Memoria de cenizas*, de Eva Díaz Pérez, que se reedita ahora con prólogo de Félix de Azúa, quien sostiene que esta novela "debería leerla todo el mundo", y lamenta las dificultades para conseguir un ejemplar de la *Biblia del oso*, nombre de la edición de Casiodoro de Reina, debido al grabado de su portada. Una traducción que emplea, dice De Azúa, "un castellano digno de Cervantes".

Mediaba el siglo XVI. Eran tiempos de bonanza en una Sevilla puerto de entrada de las riquezas de las Indias. La novela reconstruye las esperanzas y anhelos de aquellos protestantes que acabarían en el exilio o la hoguera y el ambiente de la nobleza y la curia de esa Sevilla donde hay también cloacas y sufrimiento. En sus inmediaciones estaba el monasterio de San Isidoro del Campo, con una comunidad de monjes jerónimos, entre los que se encuentra Casiodoro de Reina, con una nueva forma de entender la fe. Ve en Roma una actitud anticristiana, porque nada más alejado del amor evangélico que la tortura y el miedo. Su vida es cauta, pues el ojo suspicaz de la Inquisición (y la codicia del inquisidor que se apropia de los bienes del procesado) no descansa buscando la disidencia, asociada a la lectura y el pensar.

La mayoría de herejes pasa por los calabozos y confiesa en el potro, camino de la hoguera. Algunos, como Casiodoro, logran escapar. Cargado con las notas de la traducción, camina días y noches hasta alcanzar otras tierras para descubrir que sus mandatarios se saben también dueños de la verdad y con derecho a imponerla a sangre y fuego. "¿Qué me decís de vuestro Lutero que incluso murió casi entronizado como los santos que tanto criticaba? Tampoco se libra Calvino en vuestra querida Ginebra, convertida en patria del terror y la intolerancia y llena de cámaras ardientes. Mirad a ese Zwínglio, descuartizado en los campos de Kappel por el 'santo' Calvino. Y de los anglicanos, no digamos. Recordad al desdichado Tomás

Moro", exclama uno de los personajes.

Pero *Memoria de cenizas* es también un canto a la libertad y a la palabra escrita, convertida en memoria de la humanidad a través del libro y recuperada para la vida en cada lector, pese a que los intolerantes de entonces, como los de hoy, sostengan que "pensar es malo", que conviene cuidarse de "saber más de lo necesario". Frente a estos elogios de la ignorancia se alza la voz de Antonio del Corro, compañero de sufrimientos y esperanzas de Casiodoro: "¿Qué bueno es ser amigo de la lectura (...) a veces creo que los libros son lo más hermoso que ha hecho el hombre. Lo único que merece la pena creer, porque ahí está toda la verdad humana. ¿Qué hablamos sin memoria?". Buena pregunta para estos tiempos que, como aquellos, son "de escasas utopías" porque todo se mide "por el rasero de los dineros".

Memoria de cenizas

Eva Díaz Pérez. Prólogo de Félix de Azúa. El Paseo Editorial, 2020. 296 páginas. 19,95 euros